

NUEVA HEGEMONÍA

N° 5 / Marzo-Abril / 2021 / ISSN 2709-3816



NUEVA HEGEMONÍA



Centro de Estudios de la Realidad Peruana - Patria

Nº 5 / Marzo-Abril 2021

Revista del Centro de Estudios de la Realidad Peruana PATRIA
Nº 5 - Marzo-Abril de 2021

Revista especializada en la investigación social, política y económica.

La periodicidad es bimestral.

El Consejo Editorial es el encargado de evaluar y aceptar los artículos.

Los artículos publicados en *Nueva Hegemonía*
son originales e inéditos.

DIRECTOR
Arturo Ayala del Río

CONSEJO EDITORIAL
Francisco Guerra
Pedro Pacheco
Julia Gómez
Aurora Marrou Roldán
Carlos Vásquez Boyer
Juan Brito Ramos
Julio C. Carozzo

Dirección: Calle Trípoli 325-B, Miraflores. Lima, Perú.

Correo electrónico: institutocentropatria@gmail.com

Carátula: *José Carlos Mariátegui*. Óleo de Etna Velarde.
Agradecimiento: Casa Museo José Carlos Mariátegui.

Contracarátula: *José Carlos Mariátegui* (detalle).
Óleo inconcluso de Emilio Pettoruti (Italia, 1921)

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú Nº 2020-06769

ISSN 2709-3816

La revista no se solidariza necesariamente con las opiniones expresadas en los
artículos, cuya responsabilidad asumen sus autores.

Editada digitalmente por Qelca.com S.A.C., Lima, Perú.



Sumario

Editorial 9

Escena Nacional

Un país en ebullición
Alberto Moreno Rojas 15

Encrucijada, riesgos e indecisiones en la coyuntura
política actual
Luis F. Vilcatoma Salas 21

Poder e información: los medios de comunicación
y el destino de un país
F. Michelle Rodríguez Salcedo 35

El mundo tras las vacunas contra la pandemia <i>Katherine Carbajal Paez</i>	43
--	----

Escena Mundial

Actores en la desigualdad económica en Latinoamérica, en tiempos de COVID-19 <i>Georgia Alejandra Mayo Calderón</i>	51
---	----

Mempo, Alberto y el Paraná <i>Eduardo Chavarro</i>	65
---	----

Debate Contrahegemónico

Acerca de <i>El Estado y la Revolución en Lenin</i> . Apuntes y aportes complementarios para un análisis de los procesos contemporáneos <i>Gastón Ángel Varesi</i>	73
---	----

Mariátegui y la urgencia de la creación heroica <i>Francisco Guerra Velásquez</i>	103
--	-----

Vivir comunitario y calidad de vida <i>Julio César Carozzo C.</i>	115
--	-----

Psicología política latinoamericana. Demandas urgentes en endemias y pandemias <i>Eduardo Viera</i>	139
---	-----

La soberanía de nuestros recursos naturales: aproximaciones desde la geopolítica y la geoestrategia	
<i>Rolando Reátegui Lozano</i>	155

Género y Diversidad

Lucha de clases y feminismo	
<i>Diana Grados</i>	167

Movimientos en acción

Boom agroexportador: proyecciones del surgimiento de un movimiento obrero-agrario en Ica	
<i>Mariana Rocio Linares Olivera</i>	175

Un aniversario olvidado y una pradera en pleno incendio. Reflexiones sobre el movimiento campesino peruano en plena pandemia y zozobra nacional	
<i>Luis Alonso Balvín Ñahuis</i>	199

Volviendo a las fuentes

La filosofía moderna y el marxismo	
<i>José Carlos Mariátegui</i>	211

Cultura

Magda Portal

May Rivas de la Vega 221

El espíritu pedagógico de José Martí

Aurora Marrou Roldán 249

Acerca de *El Estado y la revolución* en Lenin. Apuntes y aportes complementarios para un análisis de los procesos contemporáneos

*Gastón Ángel Varesi*¹

Resumen

El artículo reflexiona acerca de la obra *El Estado y la revolución* de Lenin buscando distinguir algunas de sus ideas centrales y repensarlas a la luz de los procesos de cambio recientes en nuestra América Latina. Para ello, el trabajo de Lenin es puesto en diálogo con autores clásicos y contemporáneos con el fin de problematizar

¹ Sociólogo argentino, Magíster y Doctor en Ciencias Sociales. Investigador de CONICET, con lugar de trabajo en el IdIHCS (UNLP). Profesor de posgrado de “Economía, Política y Sociedad en la Argentina contemporánea” y “Territorio y Sociedad” de la Universidad Nacional de La Plata. Profesor Adjunto de “Geografía Económica Argentina” (FaHCE-UNLP). Coordinador del Centro de Estudios y Formación Marxista H. Agosti (CEFMA) de La Plata. gastonvaresi@hotmail.com

la visión sobre el Estado, las clases sociales y la revolución. En este camino, indagamos acerca de las relaciones entre Estado y sociedad, su divorcio y rearticulación a través de mediaciones, así como el rol de la dominación y explotación de clase. Luego, nos avocamos al Estado en los procesos de transformación social, preguntándonos por el vínculo entre revolución y democracia. Finalmente, abordamos la relación entre teoría y práctica, comprendiendo al marxismo como un pensamiento vivo, dialéctico y profundamente histórico, para delinear apuntes sobre las experiencias de cambio vividas en el siglo XXI latinoamericano.

Palabras clave: Estado, revolución, clases sociales, democracia, Latinoamérica.

Abstract

The article reflects on Lenin's work *The State and Revolution*, seeking to distinguish some of its central ideas and re-think them considering the recent processes of change in our Latin America. For this, Lenin's work is put into dialogue with classical and contemporary authors in order to problematize the vision of the State, social classes and the revolution. Along this path, we inquire about the relations between the State and society, their divorce and rearticulation through mediations, as well as the role of class domination and exploitation. Then, we focus on the State in the processes of social transformation, asking about the link between revolution and democracy. Finally, we address the relationship between theory and practice, understanding Marxism as a living, dialectical and profoundly historical thought, to draw notes on the experiences of change lived in the XXI century in Latin America.

Keywords: State, revolution, social classes, democracy, Latin America.

1. Introducción

El Estado y la revolución escrito por Lenin en vísperas de la revolución bolchevique de 1917 constituye una de esas obras

clave que traspasan el papel para volverse historia en la acción de los movimientos de masas. Es, sin dudas, aquello que Gramsci denominaría como un *libro viviente*, un manifiesto político, “en el que ideología política y ciencia política se fundan en la forma dramática del ‘mito’” (2003, p. 9), aportando a forjar una voluntad colectiva y movilizarla para llevar adelante la tarea histórica de fundar un nuevo Estado. Y, como todo clásico que es, también una obra viva; *El Estado y la Revolución* tiene algo para decir a las distintas generaciones, convocándonos a repensarla a la luz de los nuevos tiempos y ponerla en diálogo con otros autores.

En ese sentido, el **objetivo** de este trabajo es recuperar algunos elementos centrales planteados por Lenin ([1918] 1978) en *El Estado y la revolución*, articularlos con otros conceptos aplicados al análisis del Estado contemporáneo y ponerlos en juego para pensar los procesos latinoamericanos del siglo XXI.

2. Estado y sociedad: dominación, divorcio y mediaciones

En la reconstrucción y análisis de la **teoría del Estado** en Marx y Engels desplegada por Lenin, a la cual imprime su sello particular, encontramos un primer momento de reflexión sobre el trabajo *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels ([1884] 2006). Aquí el Estado aparece como

un producto de la sociedad al llegar a un grado de desarrollo determinado; es la confesión de que esta sociedad se ha enredado en una irremediable **contradicción** consigo misma y está dividida en **antagonismos** inconciliables, que es impotente para

conjurarlos. Pero a fin de que estos antagonismos, estas clases con intereses económicos en pugna, no se devoren a sí mismas y no consuman a la sociedad en una lucha estéril, se hace necesario un **poder situado, aparentemente, por encima de la sociedad y llamado a amortiguar el choque**, a mantenerlo dentro de los límites del “orden”. Y **ese poder, nacido de la sociedad, pero que se pone por encima de ella y se divorcia de ella más y más, es el Estado** (Engels citado por Lenin, 1978, p. 294).

Tenemos entonces **tres conceptos** claves: el *Estado*, como producto de relaciones de dominación y explotación, la **contradicción** de clase entre una minoría propietaria que se queda con los frutos del trabajo colectivo generado por una mayoría proletaria, y el **antagonismo** que emerge de esas fisuras estructurales y marca la conflictividad propia de la lucha de clases. El Estado es entonces un poder que surge de la sociedad, que parece ponerse por encima de ella para amortiguar las contradicciones y antagonismos emergentes, y se divorcia de ella para garantizar el orden social.

A fines de los años 70, O'Donnell (1978) retomó varios elementos centrales de la teoría marxista y los articuló con otros para profundizar y formular sus apuntes para una teoría del Estado que aporte a pensar las dinámicas de nuestra región. En O'Donnell el **Estado** se caracteriza por ser el “*componente específicamente político de la dominación* en una sociedad territorialmente delimitada” (1978, p. 2), cuya particularidad remite a estar respaldada por la marcada **supremacía en el control de los medios de coerción física**, aspecto central resaltado también por Lenin. O'Donnell define a la **dominación**, como la capacidad (actual y potencial) de imponer regularmente la voluntad sobre otros, incluso pero no necesariamente,

contra su resistencia, lo cual implica “lograr el ajuste de los comportamientos y de las abstenciones del dominado a la voluntad –expresa, tácita o presunta– del dominante” (1978, p. 3). Y para ello, no alcanza sólo con la coerción, sino que es necesario el manejo de otros recursos: además de los recursos económicos, gravitan recursos como el de la información (en un sentido amplio, que incluye los conocimientos científico-tecnológicos) y el control ideológico, mediante el cual el dominado asume como justa y natural la relación asimétrica de la que es parte y, por lo tanto, no la entiende ni cuestiona como dominación. Esto puede vincularse, como un aspecto clave, a la perspectiva gramsciana de la hegemonía y a la relación entre coerción y consenso propia de la política.

Ahora bien, según O'Donnell, en línea con la perspectiva marxista, el gran diferenciador de acceso a los recursos de dominación es la **clase social**, a la cual define como “posiciones en la estructura social determinadas por comunes modalidades de ejercicio del trabajo y de creación y apropiación de su valor” (1978, p. 4).

Luego, O'Donnell retoma esta idea, planteada previamente por Engels, de que el Estado nacido de la sociedad, se pone por encima y se divorcia de ella. En ese camino, sostiene que el Estado en el capitalismo aparece **escindido** de la sociedad, porque la sociedad se encuentra dividida en clases y no puede encontrar en ella su **legitimación**, debido a que se está atravesada por las relaciones de dominación y explotación. Para superar ese **hiato**, ese divorcio, debe apelar a **mediaciones** que actúen de fundamento del poder estatal o como referente del mismo. Las mediaciones re-engarzan a la sociedad con el Estado ignorando los clivajes de clase, intentando borrar así el papel de garante y organizador de la sociedad en tanto sociedad capitalista que cumple el Estado. Estas mediaciones son

instancias generalizadoras, puestas sobre el fraccionamiento de la sociedad.

La primera mediación es la **nación**: el arco de solidaridades que une a un “nosotros” definido por la común pertenencia a un territorio estatal, frente al “ellos” de las otras naciones. Ésta aparece como superior a las relaciones de clase, siendo el referente común de la acción estatal, porque el Estado tiene la pretensión de ser el agente privilegiado que custodia, interpreta y busca los intereses generales de la nación. Y, por ello, se justifica tomar decisiones en contra de los sujetos sociales con el fin de preservar el sentido homogeneizante de la nación. Acá podemos pensar la polémica de Lenin con el sector de socialdemocracia que justificaba la primera guerra mundial, diluyendo la lucha de clases y el imperialismo en defensa de la “nación”, como si ésta y el Estado estuvieran por encima de las propias clases.

Otra mediación clave es la **ciudadanía**. La ciudadanía es la forma en la que el Estado encuentra el fundamento de su poder en la igualdad abstracta de todos los sujetos en su territorio. El capitalismo necesita de sujetos libres e iguales ante la ley para que puedan concurrir a la compra y venta de la fuerza de trabajo y dar lugar a la generación y apropiación de valor. Esta igualdad formal hace que la ciudadanía pretenda ser la negación de la dominación en la sociedad. Por ello, al igual que Lenin sostiene que la **república democrática es la “mejor envoltura”** para la sociedad capitalista, O'Donnell afirma también que la democracia es la forma normal de organización de la sociedad burguesa, en tanto la movilización de recursos de poder por el Estado puede hacerse en base a un derecho conferido por todos los ciudadanos.

Hay una tercera mediación, que es el **pueblo o lo popular**, y que cobra relevancia porque ni el interés general

de la nación ni la igualdad formal de la ciudadanía alcanzan a tapar las evidencias de desigualdad del capitalismo. Esto suele generar que se pretenda que las instituciones estatales actúen en un sentido equiparador. Los pobres, o no privilegiados, se reconocen colectivamente como tales en el pueblo. Esta mediación posee un **carácter ambiguo**. Una ambigüedad se expresa en la confrontación del discurso igualitario del Estado capitalista con las desigualdades evidentes, que abre la posibilidad de una constante reemergencia de lo popular. Lo popular no es una mediación tan abstracta como la ciudadanía ni tan indiferenciada como la nación, sus contenidos son más concretos. Otra ambigüedad refiere a que el pueblo expresa un arco de solidaridades que está por encima o que no corresponde directamente con los *clivajes* de clase, pero también, estrecha el efecto homogeneizante de la nación, en tanto el reclamo de justicia se realiza contra una parte de ella: los ricos, los poderosos o la oligarquía. La fusión de lo **nacional-popular** coloca fuera de este campo a dicho grupo y, de allí que pueda afectar los límites de la reproducción de la sociedad capitalista. Esto lo hemos visto, en la década de 1970 en Latinoamérica, con el empalme de las alas izquierdas de los movimientos nacional-populares en su radicalización anti-sistema; o, recientemente, en la rápida evolución de los primeros programas económicos con estilo pacto social del chavismo hacia la conformación del proyecto del socialismo del siglo XXI.

Si, por un lado, es importante comprender la dinámica histórica que adquieren las mediaciones en nuestros países, por otro, se debe recordar que el divorcio entre Estado y sociedad en el capitalismo es permanente y que, aunque hay períodos donde se atemperan el impacto de las contradicciones, tarde o temprano éstas emergen de forma disruptiva para recordarnos la

máxima leninista del Estado como instrumento de dominación de clase.

Así, volviendo a la lectura de Lenin sobre Engels, hay que remarcar el carácter del **Estado como instrumento de explotación** y la **complejidad** creciente que adquiere en el proceso histórico:

el moderno Estado representativo es el instrumento de que se sirve al capital para explotar al trabajo asalariado. Sin embargo, por excepción, hay períodos en que las clases en lucha están tan equilibradas que el poder del Estado, como mediador aparente, adquiere cierta independencia momentánea respecto de una y otra (Engels en Lenin, 1978, p. 299).

En este punto, parece necesario traer tres reflexiones de Poulantzas (1981) que profundizan esta mirada. Poulantzas señala que el Estado aparece como una **condensación de relaciones de fuerzas**. De ese modo, se aleja, al igual que Engels y Lenin, de las perspectivas instrumentalistas que conciben al Estado como una “cosa” pasiva y neutra que pueda ser simplemente manipulada por una clase o fracción, y de las visiones que plantean al Estado como “sujeto” en sí mismo, con autonomía absoluta o como instancia de materialización de la razón en una óptica hegeliana. La lectura de Poulantzas se emparenta a la propuesta de Gramsci (2017) que, lejos de entender al Estado como una entidad monolítica, lo percibe como resultado de disputas de poder en distintas dimensiones y escalas, que tiene en el nivel de las relaciones de fuerzas políticas su momento singular. Es decir, la lucha de clases también atraviesa a los Estados e incide en la forma que adquieren. Además, Poulantzas problematiza la relación entre el Estado y

las clases sociales. Señala que el Estado, sin dejar de representar de manera predominante los intereses de la clase o fracción hegemónica, reviste una *autonomía relativa*, en tanto asegura el interés político general del conjunto del bloque en el poder, el cual “designa una alianza específica de las clases y fracciones de clase dominante” (1981, p. 24), organizando el “equilibrio inestable de compromisos” (Gramsci) entre las distintas fracciones dominantes, al tiempo que establece esta hegemonía igualmente respecto de las clases subalternas. Esta autonomía relativa, al igual que la relación coerción y consenso, es variable históricamente y puede ser analizada según la vinculación que se establece entre los clases y el Estado, entre las dimensiones económicas, políticas, jurídicas e ideológicas que atraviesan a una sociedad. En tercer lugar, se debe tener en cuenta también que Poulantzas considera que el Estado tiende a constituir un **factor de unidad política** del bloque en el poder, clave para su reproducción.

Y de esto, también, podemos tomar algunos apuntes para pensar los procesos contemporáneos. En el caso de Argentina podemos observar la ampliación de la autonomía relativa del Estado en las estrategias de pacto social llevadas adelante por los gobiernos, tanto del peronismo clásico (1946-1955 y 1973-1976), como del kirchnerismo (2003-2015), que buscaban articular intereses de fracciones de las clases dominantes (particularmente del capital productivo) y de las clases subalternas, lideradas por el Estado, con crecientes atributos de intervención económica y social, al punto de que se habilitan confrontaciones con sectores poderosos del bloque de poder, los cuales se oponían a una mayor distribución de recursos o a la ampliación de derechos populares. Y se lo puede contrastar con la minimización de la autonomía relativa durante el gobierno de Cambiemos en el marco de lo que distintos investigadores

denominaron como una “Ceocracia” (CIFRA 2016; Canelo y Castellani, 2017; Varesi, 2018), en tanto colonización de los ejecutivos de las principales empresas gestionando diversas áreas del Estado en línea con los intereses económico-corporativos de los grupos del gran capital de los cuales provenían. Pero, también, durante ese gobierno se pudo percibir fuertemente esta noción del Estado como factor de unidad política del bloque de poder, porque se expresaba una unidad entre el poder político, económico, mediático y judicial, funcionando como un solo puño, emprendiendo acciones contra las clases subalternas en un nuevo ciclo de revancha clasista que combinaba políticas de distribución regresiva de los recursos, represión, criminalización de la protesta y persecución a líderes opositores (Varesi, 2018).

3. Revolución y Estado: destrucción, fundación y extinción

El otro gran eje del trabajo de Lenin es el tema de la **revolución**, y el desafío de reflexionar sobre el Estado en un proceso revolucionario. Pensar a la revolución como ese proceso de cambios estructurales que busca poner fin a la opresión de clase y que, según Lenin, contiene un componente ineludible en la **destrucción del Estado burgués** y la fundación de un **nuevo Estado**, el cual lleva en sí mismo la semilla de su propia **extinción**. En este punto cita a Engels, señalando que en la construcción socialista “el gobierno sobre las personas es sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción. El Estado no es ‘abolido’: se *extingue*” (Engels en Lenin, 1978, p. 302)².

2 “Engels habla aquí de la ‘destrucción’ del Estado de la burguesía por la revolución proletaria, mientras que las palabras relativas a la extinción del Estado se refieren a los restos del Estado proletario después de la revolución socialista” (Lenin, 1978, p. 303).

Veamos entonces estos **dos momentos**: la revolución como proceso histórico concreto que requiere la destrucción del orden previo, de su Estado y modo de producción y la creación de uno nuevo, y abramos algunas preguntas para problematizar el presente.

Este trayecto aparece presentado por Lenin en una **doble definición** que, en una primera lectura, puede parecer ser contradictoria: cita a Marx para decir que la transformación del proletariado en clase dominante es la conquista de la **democracia** y refiere a ese proceso como una **dictadura del proletariado**. En este punto, hay que distinguir, por un lado, un componente que se relaciona con la propia naturaleza del Estado y, por el otro, con la estrategia concreta de cada proceso histórico de cambio.

Sobre la **naturaleza del Estado**, Lenin plantea que:

Las formas de los Estados burgueses son extraordinariamente diversas, pero su esencia es la misma: todos esos Estados son, bajo una forma u otra, pero, en último resultado, necesariamente, una dictadura de la burguesía. La transición del capitalismo al comunismo no puede, naturalmente, por menos de proporcionar una gran abundancia y diversidad de formas políticas, pero la esencia de todas ellas será, necesariamente, una: la dictadura del proletariado (Lenin, 1978, p. 317).

No podemos dejar de señalar, por ejemplo, que para un caso como el de Argentina, que ha vivido una de las más brutales dictaduras lideradas por el gran capital aplicando el terrorismo de Estado desde 1976 a 1983, entre esa y las otras formas de Estado burgués pareciera haber una distancia gigantesca, y que asimilar estos términos, en principio, antinómicos de dictadura

y democracia puede parecer un tanto reduccionista. Pero la definición de Lenin busca poner de relieve un aspecto clave sobre la naturaleza del Estado ligado a su rol como garante de la dominación de clase dentro de un modo de producción determinado. Este aspecto, luego en la historia se presenta con una gran cantidad de formas que no son iguales ni “dan lo mismo”, ya que rápidamente el propio Lenin plantea que los comunistas “somos partidarios de la república democrática, como la mejor forma de Estado para el proletariado bajo el capitalismo, pero no tenemos ningún derecho a olvidar que la esclavitud asalariada es el destino reservado al pueblo, incluso bajo la república burguesa más democrática” (Lenin, 1978, p. 305). A grandes rasgos, este hecho nos lleva a pensar cómo, aún con la complejidad de formas de Estados y de regímenes diversos de acumulación, el siglo XXI nos confronta con que a nivel global “el 1% más rico de la población posee más del doble de riqueza que 6.900 millones de personas” (Oxfam, 2020) y que en América Latina y el Caribe “el 10% más rico de la población concentra el 68% de la riqueza total, mientras el 50% más pobre solo accede al 3.5% de la riqueza total” (Oxfam, 2018). Una ínfima minoría sigue “exprimiendo” a una inmensa mayoría.

De este modo, observamos que el concepto de “**dictadura del proletariado**” es entonces la construcción de las mayorías trabajadoras en clase dominante, y que está relacionada con la propia definición de Estado que propone Lenin, donde el carácter coercitivo, ya sea para garantizar la explotación de clase o para terminar con ella, está puesto en primer lugar. Así, la “dictadura del proletariado” refiere al proceso donde las clases subalternas utilizan al Estado como fuerza especial de represión, ya no al servicio de la burguesía sino de los trabajadores, y lo utilizan para socializar los medios de producción, gestando un

proceso de emancipación no sólo de los obreros sino de todos los oprimidos.

Pero además, esto está atravesado por un debate concreto sobre la estrategia revolucionaria que estaba dando Lenin en el seno del propio proceso ruso que él estaba liderando: el “asalto al cielo” y la necesidad de armar al pueblo para la toma del poder primero, fundar el nuevo Estado soviético y reprimir los intentos de la burguesía, ayudada por las potencias imperialistas, que buscaban aniquilarlo.

Por ello, Lenin resalta la “inevitabilidad” de la revolución violenta, al tiempo que plantea que Marx y Engels tomaron estas ideas estudiando las experiencias revolucionarias concretas de su tiempo, proponiendo el desafío de que la militancia revolucionaria y su dirigencia logren formular las ideas, las tácticas y estrategias concretas para su tiempo y lugar concretos.

Luego, Lenin cita a Marx sosteniendo que: “El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible las fuerzas productivas” (Lenin, 1978, p. 308). Y, a continuación afirma, que:

Las clases explotadoras necesitan la dominación política para mantener la explotación, es decir, en interés egoísta de una minoría insignificante contra la mayoría inmensa del pueblo. Las clases explotadas necesitan la dominación política para destruir completamente toda explotación, es decir, en interés de la mayoría inmensa del pueblo contra la minoría insignificante de

los esclavistas modernos, es decir, los terratenientes y capitalistas (Lenin, 1978, p. 309).

Es en este punto, donde los dos elementos aparentemente contradictorios cobran sentido: el uso de la dominación política del pueblo, de la unidad de las clases subordinadas, para el desarrollo de una **democracia** de nuevo tipo. Y, por eso, sobre la construcción del socialismo dice que: “la forma política del ‘Estado’ en esta época es la democracia más completa” (Lenin, 1978, p. 304).

Aquí parece necesario recuperar la mirada crítica y constructiva de Rosa Luxemburgo cuando sostenía que la democracia socialista debía comenzar junto con la demolición del dominio de clase de las minorías, y que

esta dictadura [del proletariado] consiste en el sistema de aplicación de la democracia, no en su abolición. Consiste en intervenciones enérgicas y decisivas sobre los derechos adquiridos y sobre las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin las cuales la transformación socialista no es realizable. Pero esta dictadura tiene que ser la obra de la clase y no la de una pequeña minoría de dirigentes en nombre de una clase, vale decir, debe salir al encuentro de la participación activa de las masas, estar bajo su influencia directa, someterse al control de una publicidad completa, emerger de la instrucción política acelerada de las masas populares” (2003, p. 101).

¿De qué democracia estamos, entonces, hablando? De la democracia que constituye al pueblo en soberano real a través de la construcción de poder popular: el pasaje de la “clase en sí” a la “clase para sí” que postulaba Marx, y su constitución en sujeto colectivo desplegando una transformación revolucionaria de la

sociedad. Una democracia participativa, profunda, integral, que despliegue mecanismos de participación ya no sólo en la esfera política e ideológica sino también en la económica y social. Retomando también el señalamiento de Rosa Luxemburgo de que esta democracia debe estar articulada con más amplia libertad política en tanto la misma constituye en factor clave para la educación política del pueblo, aspecto necesario para la democracia y la creación socialista. Se abre así un camino para pensar el vínculo entre la radicalización de la democracia y la transformación social que ha resonado en los procesos de cambio contemporáneos.

4. La relación entre teoría y práctica: apuntes sobre procesos contemporáneos

Si la revolución es una creación que cobra formas diversas en distintos momentos y territorios, entonces nos preguntamos: ¿cómo se da la **relación entre teoría y práctica** planteada por Marx y Lenin?; ¿cómo podemos pensar nosotros mismos nuestro tiempo y trazar las estrategias para un proceso de transformación social?

Hay varios elementos de las reflexiones de Marx ([1871] 2003) sobre la Comuna de París, que recupera Lenin, los cuales parecen mostrar plena vigencia para pensar la complejidad y el movimiento teórico-práctico de los procesos revolucionarios. Lenin sostiene que Marx primero advertía que derribar al gobierno sería “un disparate dictado por la desesperación”, pero “cuando en 1871 se impuso a los obreros el combate decisivo y ellos lo aceptaron, cuando la insurrección fue un hecho, Marx saludó la revolución proletaria con el mayor entusiasmo” (1978, p. 318), y que aquel “asalto al cielo” representó “un



Barricada. Comuna de París. 1871.

paso práctico más importante que cientos de programas y de raciocinios. Analizar las experiencias concretas, sacar de ella las enseñanzas tácticas, revisar a la luz de ella su teoría: he aquí cómo concebía su misión Marx” (Lenin, 1978, p. 318). Esto nos muestra al **marxismo como pensamiento vivo**, dialéctico, lo cual conlleva la necesidad de articular constantemente los elementos teóricos y prácticos según la dinámica que cobra el proceso histórico concreto de la lucha de clases.

¿Cuáles son las experiencias que tenemos para mirar? Los procesos de transformación concretos de los cuales podamos aprender para trazar la revolución en nuestro tiempo y en nuestra tierra. En otros trabajos (Varesi, 2016; 2016b) hemos tratado el **paso de la guerra de movimientos a la guerra de posiciones** que se da en el paso de sociedades menos complejas

en términos de su sociedad civil, como la Rusia zarista, a sociedades más desarrolladas, como los EE. UU. y la Europa occidental que Gramsci (2017) analizó en las décadas de 1920 y 1930. Allí la revolución aparece como una batalla integral de largo aliento, trinchera por trinchera, alterando todas las relaciones de fuerzas, en sus distintos niveles, hacia la fundación de un nuevo Estado ligado a un nuevo orden social.

Algunas coordenadas podemos extraer de la propuesta de Regalado sobre la **guerra de posiciones** que atravesó a **América Latina** en las últimas décadas, la cual “se libra entre el imperialismo norteamericano y sus aliados criollos, de una parte, y los movimientos populares y las fuerzas políticas de izquierda y progresistas, de la otra, y un elemento clave de ella es la disputa política y electoral por el control de los gobiernos de la región” (2014, p. 51). En este camino, “en América Latina se produjo un auge de los movimientos sociales, el nacimiento de movimientos social-políticos y la ocupación de espacios institucionales por fuerzas políticas progresistas y de izquierda dentro del sistema de democracia burguesa, incluida la elección y reelección de un abanico de esas fuerzas al gobierno en varios países” (Regalado, 2014, p. 51). Regalado aclara también que las fuerzas populares accedieron al gobierno, pero en ninguno de los casos ejercieron el conjunto de resortes del poder, sino que éste se mantuvo en una ardua disputa.

Esta guerra de posiciones latinoamericana tuvo su **hito en una escala nacional** en 1998, cuando las luchas populares llevaban al gobierno al primer líder de la nueva ola revolucionaria: Hugo Chávez, que cuestionaba al neoliberalismo y el despojo que el imperialismo había impuesto a la región. Así comenzó a gestarse un largo camino de cambio, en todas las dimensiones de las relaciones de fuerzas, a favor de las clases subordinadas, con distinto grado de profundidad. Éste tuvo luego un **hito a**

nivel continental en el rechazo al ALCA, la estrategia de libre comercio continental impulsada por EE. UU., en 2005, gracias a la articulación de los gobiernos de Chávez, Kirchner y Lula Da Silva, países que también avanzaron a librarse de la tutela del FMI, uno de los organismos centrales del imperialismo contemporáneo. En la primera década del siglo XXI se evidenció un notable avance en la resistencia de los pueblos latinoamericanos contra el imperialismo, llegando a constituir una nueva institucionalidad regional que cobró forma en la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), y el fortalecimiento del Mercado Común del Sur (MERCOSUR), etc. como expresión de un nuevo **regionalismo autónomo**. La propuesta más radicalizada en términos de transformación social es el ALBA, firmado inicialmente en 2004 por Cuba y Venezuela, incorporando luego Bolivia, Ecuador y Nicaragua, así como distintas islas del Caribe, promoviendo una integración con perspectiva socialista.

En este punto, me parece importante señalar que Lenin retoma de Marx el concepto de *revolución popular*, que incluso lo aplica para pensar fases de la revolución rusa que él caracteriza como revoluciones burguesas (en 1905 y 1907), y lo define como un proceso donde “la masa del pueblo, su mayoría, las sectores ‘más bajos’ de la sociedad, aplastados por el yugo y la explotación, se levantaron por propia iniciativa, marcaron todo el curso de la revolución con el sello de *sus* reivindicaciones, de *sus* intentos de construir a su modo una sociedad nueva en lugar de la sociedad vieja que querían destruir” (Lenin, 1978, p. 320). Además, pone en el centro la construcción y **unidad del sujeto pueblo** (entonces entre proletarios y campesinos), de los agredidos del sistema, y

plantea que “sin esa alianza, la democracia será precaria y la transformación socialista, imposible” (Lenin, 1978, p. 321); y piensa la dinámica histórica de esa unidad a partir de la “correlación efectiva de clases en la mayoría de los Estados”, es decir de las relaciones de fuerzas concretas que marcan la vida en cada nación y a nivel continental.

Estas consideraciones nos sirven para pensar el proceso latinoamericano como un emergente concreto de las luchas populares contra el neoliberalismo, que en algunos casos dieron lugar a rebeliones como la de Argentina en 2001 y, en otros, incluso abrieron procesos de transformación en clave socialista como en Venezuela o Bolivia. Y, también, necesitamos asumir la complejidad de ese proceso, porque en el **bloque popular latinoamericano** que enfrentó la estrategia imperialista en la región se articularon procesos que buscaban una mejora para las condiciones de vida de las mayorías populares dentro de formas más distributivas de capitalismo con regímenes de carácter neodesarrollistas (como Argentina y Brasil) y proyectos que planteaban la necesidad de trascender al propio capitalismo en alguna variante socialista (como Bolivia y Venezuela), poniendo también fin al aislamiento regional que EE. UU. había impuesto a Cuba. Tanto unos como otros accedieron al gobierno sin lograr tener todos los resortes del poder, lo cual abre la pregunta sobre cómo forjar procesos revolucionarios en los contextos actuales, donde la estrategia predominante ya no parece ser el asalto armado al cielo (incluso teniendo en cuenta que la guerrilla más poderosa del continente, las FARC, optó por reformular su estrategia de poder en Colombia), sino la conformación de procesos de **construcción de poder popular** que irrumpen a través de la propia institucionalidad burguesa deteriorada por su versión neoliberal excluyente y avanzan

en una disputa multidimensional y multiescalar a forjar la transformación.

Casos como Venezuela o Bolivia mostraron el avance de las clases subalternas recuperando no sólo derechos e ingresos sino avanzando en ocupar posiciones importantes en el terreno de la producción, dando difusión a formas colectivistas, socialistas de producción, para empezar a disputar el proceso productivo al capital. Es en ese sentido que debe leerse el avance del cooperativismo, de diversas formas asociativas de producción y las estatizaciones y expropiaciones de empresas privadas.

En el caso de **Venezuela**, bajo los gobiernos de Hugo Chávez, el eje de acumulación era repensado desde la dimensión económico-social del proyecto promoviendo las experiencias asociativas de producción. Este proceso fue acompañado por una masificación de estatizaciones y expropiaciones, que constatan el perfil revolucionario del proceso venezolano, procurando forjar y fortalecer un nuevo Estado, con un nuevo carácter de clase, recuperando los recursos estratégicos en manos del gran capital y organizando empresas dirigidas por el Estado y por los trabajadores. Ya la reforma constitucional de 1999, promovía una profundización de la **democracia** enfatizando su **carácter participativo**, definiendo que “La participación del pueblo en la formación, ejecución y control de la gestión pública es el medio necesario para lograr el protagonismo que garantice su completo desarrollo, tanto individual como colectivo” (Art. 62). También se determinaban (en el art. 70) dos dimensiones fundamentales para la democracia participativa: una político-institucional que incluye desde la elección y el referendo hasta la organización asamblearia, y otra económico-social, caracterizada por la **autogestión** y la **cogestión** Estado-trabajadores.

Aquí vemos esta máxima del marxismo-leninismo de usar el poder político para ir transfiriendo el poder a la clase trabajadora en su conformación como sujeto revolucionario y de una construcción que avanzaba buscando conquistar la más plena democracia. Desde un principio se proponía una visión integral de la democracia y, al mismo tiempo, define el rol económico del Estado, tomando a una perspectiva intervencionista y de fortalecimiento nacional, que marcaba una ruptura con el paradigma neoliberal³. Habiendo trazado el horizonte, fue el recrudecimiento de la lucha de clases lo que aceleró el proceso político: no es casualidad que la opción por el socialismo fue definida después del golpe de Estado en 2002 y el posterior sabotaje petrolero. Se hacía manifiesto que, para avanzar en mayores conquistas para el pueblo y preservar las que ya se habían logrado, era necesario enfrentar el dominio del gran capital. De hecho, podemos seguir en este mismo proceso los avances en la destrucción del viejo Estado, que por su carácter de clase tendía a bloquear las iniciativas que atentaban contra el *status quo*, y la necesidad de generar un nuevo Estado propio del proceso revolucionario, que comenzó con las “misiones” donde las políticas públicas eran cogestionadas por los propios beneficiarios, organizando al sujeto popular en un trayecto que apuntó a suplantar la vieja estatalidad por una nueva basada en las Comunas.

Luego queda preguntarse, también, por las **dificultades y límites** que implica un proceso revolucionario en las condiciones actuales, donde el socialismo no se crea desde la estrategia de insurrección armada o asalto al poder, sino que combina una batalla integral de largo aliento que va modificando molecularmente a la sociedad, trinchera por trinchera, en esa

3 En dicho sentido, planteó el derecho de control Estatal sobre los servicios y recursos estratégicos de la nación.

epopeya que planteaba Marx de hacerse con el poder político para ir despojando gradual pero crecientemente a la burguesía de su poder. Vale preguntarse también por las dificultades de ese proceso para desarrollar al máximo las fuerzas productivas y resolver las necesidades del pueblo en el contexto de guerra económica y desestabilización, de la necesidad de trazar una constante crítica y autocrítica que revierta los errores que todo proceso de creación conlleva, de indagar en los tiempos, modos y desafíos de los procesos revolucionarios actuales.

Lo mismo cabe para el caso de **Bolivia**, desde la configuración del proyecto del **Socialismo comunitario del Vivir Bien**, donde el Estado boliviano gestó un proceso que “comienza a desprenderse gradualmente de la lógica capitalista de la apropiación privada como norma económica e introduce expansivamente la lógica del valor de uso, de la satisfacción de necesidades, de fundamento comunitario y comunista, como principio rector de actividades económicas” (García Linera, 2011, p. 67). En la misma línea Evo Morales siempre sostuvo su carácter marxista-leninista y la vocación de crear un socialismo de nuevo tipo recuperando y resignificando las prácticas colectivas de los pueblos originarios. Esto se vincula también a la articulación entre el movimiento obrero y el movimiento campesino en las luchas que fueron conformando el poder popular que llevó a Evo Morales a la presidencia, que fue también un proceso de unificación de la clase obrera con las masas campesinas y sectores medios, con sus asociaciones de vecinos, el movimiento estudiantil y organizaciones de mujeres, entre otros. El componente indigenista del proceso de transformación encuentra en el *ayllu*, que define como “una compleja forma de trabajo colectivo con base en un uso determinado de la tierra” (Arriarán, 2007, p. 36), un componente clave que, como Mariátegui en su tiempo, recuperaron los

intelectuales orgánicos bolivianos ligados al gobierno. Incluso, el proyecto socialista boliviano logró exhibir junto con las mejoras en las condiciones de vida de las mayorías populares, una expansión de fuerzas productivas con una expansión del producto bruto interno de los más altos de la región. Pero también vale recordar los **límites** en las transformaciones del propio Estado, donde las Fuerzas Armadas habilitaron el golpe de Estado que derrocó a Evo Morales y a Álvaro García Linera, instaurando un gobierno de facto promovido por la estrategia imperialista y los grupos de gran capital local, que duró hasta el reciente triunfo del MAS en las últimas elecciones.

El poder está en disputa permanente combinando todos los niveles de relaciones de fuerzas, con una importante incidencia también del escenario regional y mundial, donde la estrategia imperialista y su unipolaridad se enfrentan a la estrategia de la integración regional autónoma que tiende lazos hacia una multipolaridad global, en la cual emerge China como nueva potencia articulando también fuerzas emergentes en los BRICS.

Este es uno de los puntos clave para apreciar cómo el proceso de transformación latinoamericano que implicó una ola de rebeliones populares contra el neoliberalismo aunó proyectos socialistas con proyectos nacional-populares, como en el caso de la **Argentina**. Aquí, podemos señalar la incidencia de lo **nacional-popular** que marcaba O'Donnell, donde las desigualdades, más palpables que nunca, dejadas por el neoliberalismo en la sociedad argentina desdibujaron la capacidad de otras mediaciones, como la nación o la ciudadanía, para rearticular de forma hegemónica al Estado y la sociedad hacia fines del siglo XX. También podemos observar el **alcance** y los límites de esta estrategia basada en la recomposición de las condiciones de vida del pueblo a través de la gestación de un

pacto social dirigido desde un Estado (Varesi, 2016c). El ciclo de gobiernos kirchneristas dejó un **saldo positivo** en términos de descenso de la pobreza, de la indigencia, de la desigualdad, con recuperación del empleo y el salario real, y recomposición de capacidades estatales de intervención en la economía rompiendo algunos ejes paradigmáticos de la Argentina neoliberal. En este sentido, se avanzó hacia la recuperación de la principal empresa hidrocarburífera YPF, entre varias empresas reestatizadas, incluyendo a las Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones (AFJP), recuperadas del capital financiero para retornar a la esfera pública y articularse con programas de inclusión jubilatoria que llevaron al sistema previsional hacia su universalización, con organismos de seguridad social como la ANSES con una mirada más integral, redireccionando recursos a los sectores más vulnerables de las clases subalternas. Asimismo, dicho período contó con hitos científico-tecnológicos como la fabricación y lanzamiento de los satélites Arsat 1 y 2, ubicando a la Argentina en el selecto grupo de ocho países que cuentan con dichas capacidades, a lo que se sumó la creación de numerosas universidades públicas, la recuperación del sistema científico y tecnológico público, entre otros. Por otra parte, un aporte significativo fue la disposición de los gobiernos kirchneristas a pelear por la estabilidad en la región y defender a los procesos revolucionarios con un rol activo de la Argentina en la UNASUR y otros organismos internacionales, interviniendo para frenar los golpes blandos en Latinoamérica (Varesi, 2019).

Todos estos aspectos se vieron **contrastados** con la llegada del **gobierno de Macri** y la aplicación de un proceso de restauración neoliberal, represión y entrega en línea con la estrategia imperialista y el capital financiero transnacional. Esto se manifestó con el deterioro del salario real, el avance de la

precarización laboral, las políticas deliberadas de transferencia de recursos hacia el gran capital mediante el aumento de tarifas de servicios, la baja de impuestos a los grupos exportadores, el alza de la tasa de interés y la vuelta al endeudamiento externo con el fin de catapultar los recursos de los grupos especuladores, entre otros. Con un saldo negativo para las mayorías populares, se hacía palpable para las fuerzas de las clases subalternas el sentido estratégico de confrontar a la derecha y al imperialismo en su intento de poner fin al ciclo popular en nuestro continente.

Pero incluso en este contexto, debemos retomar a Lenin para marcar **los límites de las estrategias de conciliación de clases**. Como ya señalamos, Lenin critica a la idea de pensar que el Estado está por encima de la sociedad y que éste pueda conducir un proceso que lleve a una conciliación de clases. Aun cuando hay distinciones importantes en la forma de Estado que hacen a las condiciones de vida de las mayorías populares según los acentos puestos en el neoliberalismo (incremento de la represión, deterioro de las condiciones de vida, salarios, derechos de los trabajadores) y en el neodesarrollismo, donde cambia el énfasis constituyendo políticas de “inclusión social”, incluso ahí no se pierden las funciones básicas de dominación de todo Estado capitalista. Y se hacen visibles los límites que tuvo dicho Estado para modificar las bases estructurales de la dominación de clase, lo cual se observa en el sostenimiento de altos índices de extranjerización y concentración económica, que perpetuaron las bases de poder estructural del gran capital. Esto tuvo también como correlato, los límites exhibidos en la conformación de un poder popular y de relaciones económicas alternativas, y pusieron coto a la conformación de un sujeto popular con capacidad de defender las conquistas y profundizarlas en un proceso de carácter emancipatorio. Estas son preguntas y lecciones vigentes para un contexto como el

actual donde el **Frente de Todos**, habiendo logrado la epopeya de derrotar a la opción del imperialismo y la derecha, enfrenta las tribulaciones de intentar articular intereses contradictorios. Emergen tensiones entre la búsqueda de garantizar mejoras a las mayorías populares y las dudas visibles en la aplicación de medidas profundas de distribución a los sectores más concentrados, o de avanzar en estatizaciones estratégicas, dudas también en el escenario internacional, frente al poderío del capital financiero y el FMI (en la situación de endeudamiento catastrófico dejado por Cambiemos), con acciones muy valorables para proteger la vida y los ingresos de los sectores más vulnerables en el contexto de la pandemia, pero atravesada por las tensiones propias de esa amplitud necesaria y de los intereses divergentes que se juegan tanto al interior del gobierno como los que imponen los sectores políticos, económicos, mediáticos y judiciales que custodian al gran capital.

Reflexiones finales

Finalmente, resuenan las palabras de Lenin y Marx acerca de las formas que cobran los procesos revolucionarios, según Lenin recupera del Manifiesto: “Sin caer en utopías, Marx esperaba de la experiencia del movimiento de masas la respuesta a la cuestión de qué formas concretas tendría la organización del proletariado como clase dominante y de qué modo esta organización habría de coordinarse con la ‘conquista de la democracia’ más completa y más consecuente” (Lenin, 1978, p. 321). Luego reafirma esta idea planteando que “En Marx no hay ni rastro de utopismo, pues no inventa y ni saca de su fantasía una ‘nueva’ sociedad. No, Marx estudia en calidad de proceso histórico natural cómo *nace* la nueva sociedad *de*

la vieja, estudia las formas de transición de la segunda a la primera” (Lenin, 1978, p. 327).

Se nos abre así una convocatoria a profundizar, por un lado, en los balances necesarios de las experiencias socialistas, desde la Comuna de París, hasta el desarrollo y colapso de la Unión Soviética y el socialismo real europeo y, por otro, en los estudios de los procesos contemporáneos, en sus alcances, límites y desafíos, en sociedades como Bolivia, Venezuela, Cuba, entre otras, y la nueva potencia global de la República Popular China, así como el análisis constante de cada una de nuestras realidades nacionales. Cómo construir sociedades que pongan fin a la opresión de una minoría sobre las mayorías populares, donde las y los trabajadores sean los sujetos activos, en un proceso de creación de una democracia integral que combine en su seno las más amplias de las libertades, el florecimiento de una cultura de asociación y solidaridad, y el desarrollo de las fuerzas productivas para la satisfacción de necesidades, desde la alimentación y vivienda hasta la salud, la educación y el acceso a la cultura, compatible a su vez con la subsistencia del ecosistema. Las preguntas y desafíos son numerosos, pero sin dudas la humanidad requiere superar la tiranía del 1% y avanzar hacia formas colectivas de autogobierno compatible con el bienestar del 99% restante.

Referencias

- Arriarán, S. (2007). *La derrota del neoliberalismo en Bolivia*. Editorial Torres Asociados.
- Canelo, P. y Castellani, A. (2017). Puerta giratoria, conflictos de interés y captura de la decisión estatal en el gobierno de Macri. El caso del Ministerio de Energía y Minería de la

- Nación. *Informe de Investigación* (2). Observatorio de las Elites argentinas.
- CIFRA. (2016). La naturaleza política y económica de la alianza Cambiemos. *Documento de Trabajo* (15). CIFRA-FLACSO.
- Engels, F. [1884] (2006). *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Fundación Federico Engels.
- García Linera, Á. (2011). *Las tensiones creativas de la revolución. La quinta fase del Proceso de Cambio*. Vicepresidencia del Estado Plurinacional Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional.
- Gramsci, A. (2017). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. EDICOL y Libros de la Araucaria.
- Lenin, V. I. [1918] (1978). *El Estado y la Revolución*, en Obras Escogidas, Tomo 2, Editorial Progreso.
- Luxemburgo, R. (2003). *Crítica de la Revolución Rusa*. Editorial Quadrata.
- Marx, C. [1871] (2003). *La guerra civil en Francia*. Fundación Federico Engels.
- O'Donnell, G. (1978). Apuntes para una teoría del Estado. *Revista Mexicana de Sociología*, (40) 4.
- Oxfam. (2018). El 1% más rico de la población mundial acaparó el 82% de la riqueza generada el año pasado, mientras que la mitad más pobre no se benefició en absoluto. *Oxfam.org*. <https://www.oxfam.org/es/notas-prensa/el-1-mas-rico-de-la-poblacion-mundial-acaparo-el-82-de-la-riqueza-generada-el-ano>
- Oxfam. 2020. Cinco datos escandalosos sobre la desigualdad extrema global y cómo combatirla. *Oxfam.org*. <https://www.oxfam.org/es/cinco-datos-escandalosos-sobre-la-desigualdad-extrema-global-y-como-combatirla>
- Poulantzas, N. [1976] (1981). *Las clases sociales en el capitalismo actual*. Siglo XXI Editores.

- Regalado, R. (2014). Guerra de posiciones en América Latina. XVIII Seminario Internacional Los Partidos y una nueva sociedad, México.
- Varesi, G. Á. (2016). Introducción a la perspectiva gramsciana de la hegemonía. Intelectuales, partidos y relaciones de fuerzas. Estudio introductorio de Varesi (comp.) *Hegemonía y lucha política en Gramsci. Selección de textos*. Luxemburg.
- Varesi, G. Á. (2016b). Apuntes para una teoría de la hegemonía en Gramsci. *Documento de Trabajo* (2). CEFMA. Bitácora Ediciones.
- Varesi, G. Á. (2016c). Neo-desarrollismo y kirchnerismo. Aportes para un análisis conjunto del modelo de acumulación y la hegemonía en Argentina, 2002-2008. *Cuadernos del CENDES* (92), UCV.
- Varesi, G. Á. (2018). Relaciones de fuerza bajo la Presidencia Macri. *Realidad Económica* (320). IADE.
- Varesi, G. Á. (2019). Política exterior, proyectos e integración en los gobiernos kirchneristas (2003-2015). *CUPEA Cuadernos de Política Exterior Argentina* (129), Centro de Estudios en Relaciones Internacionales de Rosario.